

MUSICA

La dimensión oculta, enigmática de Pink Floyd

Uno de los grupos musicales más selectamente conocidos y apreciados es, sin lugar a dudas, Pink Floyd. Su música es un fenómeno de sincretismo musical y estético ante el cual el receptor sólo ha de mantener abierto el espíritu a las imágenes de todo tipo que se le sugieren. Naturalmente, uno es consciente de que la música es el arte que no requiere de referencias exteriores, extramusicales; pero, sin embargo, las imágenes que Pink Floyd consigue crear y recrear, en una gama prácticamente inagotable, enriquecen extraordinariamente sus composiciones (quizá sea este un rasgo específicamente «pop»); su último LP, *The dark side of the moon*, lo demuestra, haciendo necesario, al comentarlo, citar el anterior, *Ummagumma*, al que Antonio Martínez Sarrión acaba de dedicar un poema (que espero ustedes disfruten pronto).

En un intento de aproximación a la música de Pink Floyd resulta necesario referirse a la construcción de un espacio musical con la resonancia tranquila y espiritual de un domo catedralicio, por el que rápidamente comienzan a discurrir los pájaros densos de la sabiduría, los tragos y los gnomos que acompañaban a Puck y la luz deshilachada de la ensoñación. La campaña inglesa y la desolación lunar se dan la mano en su traducción musical, producida

en un espacio cósmico perfecto. Es necesario escuchar a Pink Floyd de una manera apacible y relajada, pues, se sabe, tras el torbellino y la ensordecedora puesta en escena, la existencia se revela portentosa; la música expresa entonces el orden astronómico, la armonía restallante del Universo, y todo desce y toda parábola —por más que apócrifa o metáfora de funámbulo— encuentran su emblema y vinculación. Los sonidos se mezclan, se fruncen, se yuxtaponen, se retiran poco a poco, dando paso a otros que se disuelven en sí mismos (las aves cavernarias hacen acto de presencia y son conjuradas de inmediato). Así, Pink Floyd conduce al receptor por la ruta conveniente; la melopea se ve subrayada lentamente por los susurros de la balada, para rasgarse de súbito con un alarido estremecedor de procedencia desconocida: nos encontramos en la dimensión oculta de Pink Floyd. Las imágenes se aglomeran en un complejo caótico sólo a primera vista: la percusión ordena el conjunto, creando de nuevo un mosaico apacible. El terror cósmico cede paso a la serenidad campirana, o campestre, o rural, o bucólica; un completo panorama musical desfila por detrás de nuestros ojos, atravesando la conocida glándula pineal y produciendo efectos sumamente beneficiosos. Entonces, si uno quiere, comprende (comprende hasta la dialéctica del Inn-Iang, y los principios filosóficos de la acupuntura, y los cuadros de Latour, y las cinco apariciones de Lenin en el piano). Se trata de una proposición que incluye un sugestivo testimonio cultural en el que engranan las más dispares informaciones de nuestra época y de nuestra tradición, y de las otras, pues aquí se dan cita los cuatro jinetes del Apocalipsis y

la serpiente emplumada, Lao-Tse de parte con Spinoza en los jardines de una villa a orillas del lago Como, habitada en su día por D'Annunzio, y el Pequod cumple singladuras ceñidas por Joseph Conrad. Lo que digo es tan cierto como que Bach hubiera firmado *A saucer full of secrets*. La tercera cara de *Ummagumma* es un verdadero prodigio de ingeniería; junto con Sgt. Pepper y Abbey Road constituye una de las cotas más altas alcanzadas por la música «pop». Por otro lado, se conocen pocas composiciones tan singulares como *Several species of small furry animals gathered together in a cave and grooving with a plectrum*, en la que la técnica, puesta al servicio de la reproducción más sugerente y melancólica de la Naturaleza (¿perdida?), se detiene un momento para crear algo tan hilarante como la reproducción sónica de la muerte de un mosquito a golpes de periódico. El efecto no cae en saco roto, y es utilizado de nuevo en *The dark side of the moon*, en donde tras el preludio de un corazón palpitante, el neurótico alarido de un despertador desencadena una serie de armonías que hubieran hecho feliz a Alfanzui, a su maestro y a su autor. Pese a todo, este último LP es de una índole más rítmica y no tan oracular, sin dejar de mantenerse en ese espacio cósmico al que hacemos referencia más arriba; en *The dark side of the moon* se concede más importancia al engranaje de voces y efectos sonoros, pasando a un segundo plano lo que es pura tecnología, sin desaparecer. Melodías tan perfectas como *Us and them* y *Any colour you like* dan la medida exacta del dominio y la flexibilidad de uno de los conjuntos más importantes de la actualidad. ■ EDUARDO CHAMORRO.

CINE

Saura y nuestros lobos

Es muy posible que, Buñuel aparte, sólo Berlanga y Saura (ayudados por el guionista Rafael Azcona) hayan logrado penetrar plenamente las fórmulas de un realismo cinematográfico español. La obra de estos dos realizadores ha buscado conscientemente la expresión de una realidad total, no sofisticada, no manipulada, no exclusivamente coyuntural, aunque, lógicamente, referida a la actualidad inmediata. «El verdugo» y «Ana y los lobos», sus obras, de momento, cumbres, marcan los puntos máximos logrados por ese realismo cinematográfico. Realismo, por supuesto, no entendido sólo como reflejo inmediato de una realidad a flor de piel, a través de la cual llegar a otras más subterráneas, sino como composición personal de los diversos niveles de esa realidad, en la que la propia versión del autor —nunca esca-moteada— sea uno de sus ingredientes principales. De esta manera, el trabajo de Berlanga o de Saura conecta con los antecedentes de Quevedo, Goya o Valle-Inclán, donde ese realismo es un camino directo e incisivo de alcanzar la expresión plena de nuestras circunstancias, un realismo vital, angustiado y dinámico, capaz de reflejar los aspectos fundamentales de un país que, como el nuestro, oculta tras una mediocre sonrisa exterior sus represiones, obsesiones,

limitaciones y posibilidades más fecundas. (Buñuel, sin duda, es un dato clave en esta recuperación del realismo para el cine. Pero su caso, magistral en la expresión, no se ha visto condicionado por las limitaciones exclusivas de nuestro país en materia cinematográfica, y, por lo tanto, su lenguaje libre, en esencia idéntico a los señalados más arriba, tiene una difícil continuidad entre nosotros. Berlanga y Saura adquieren, por esta razón, una rabia impotente que conduce más rápidamente al escepticismo.)

«Ana y los lobos», en la trayectoria de Carlos Saura, es su título más desnudo de ingredientes marginales. En esta película, su visión de la

que en el caso de «Ana y los lobos», tanto un juicio como otro se alejan de la película. Insistiendo en lo anterior, «Ana...» parte de unos elementos fácilmente comprensibles, cuya versión es real y directa. Cada personaje sintetiza un aspecto de la realidad circundante, combinando cuantos elementos son posibles dentro de esa realidad, convergiendo todos en la narración. La carencia de conceptos intelectuales independientes de la narración elimina cualquier pretensión simbólica, quedando ésta limitada a una astucia de la crítica para no enfrentarse con la realidad de la película en todas sus dimensiones. No hay, sin embargo, escapatoria posible. La visión



Geraldine Chaplin y Rafaela Aparicio, en «Ana y los lobos», de Saura.

realidad —reflexiva, sintetizada, nada esquemática, adulta, directa y llena de humor— alcanza el grado máximo de claridad posible a través de una historia cuya simplicidad es sólo aparente. La relación de una extranjera con los personajes de una inmensa y solitaria casa, no sirve sólo para presentar las coordenadas de una posible realidad española, sino para ahondar en ese planteamiento y llegar a conclusiones vitales a fin de comprender un poco de nosotros mismos. Se reprocha a Saura su esquematismo y su afición por los símbolos. Creo

que de una determinada realidad nos ofrece Saura es intransformable e inequívoca. Y habría que añadir, por encima de lo que en algunas críticas se ha planteado, que en esta ocasión, Carlos Saura ha superado su economía expresiva, ha utilizado a los actores de manera aún más funcional que en «El jardín de las delicias» y ha desbordado su sentido del humor de forma aún más inteligente. Lo asombroso de esta espléndida «Ana y los lobos» es que nos plantea a un Saura en plena evolución, tratando un mundo expresivo, en apariencia limitado,